

La Reina de la moda



25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.
7

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

LAYETANA, 12

BARCELONA

FASHIONS FOR WOMEN 1926

LA REINA DE LA MODA

Preciosa comedia sentimental, interpretada
por los famosos artistas

ESTHER RALSTON, RAYMOND HATTON, &

Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, IMPRESOR
CORTES, 719 - BARCELONA

La Reina de la moda

Argumento de la película

Era Celeste de Givray la mujer más elegante de París. Modelo en uno de los grandes establecimientos de modas de la Rue de la Paix, su soberana distinción, su gusto exquisito se imponían en todas partes. Celeste era soberana del mundo frívolo de la "toilette", que esparcía desde París su gracioso imperio por la tierra.

Vivía en la casa de la Rue de la Paix. Cierta mañana tres caballeros aguardaban intranquilos en el "hall" de su mansión. Sabían que Celeste, la Reina de la Moda, se encontraba al cuidado de un médico en espera de un feliz acontecimiento.

Dos de ellos eran los modistos Alard y Pettibon; el otro, Sam Dupont, el agente de publicidad de la reina de la elegancia.

Dupont subió una amplia escalinata de mármol y acercóse a una puerta. Una enfermera salió, blanca y grácil, a su encuentro.

—Madame de Givray sigue mejor de lo que pudiera esperarse — dijo la mujer.

—Me permitiré verla. En esta crisis solamente un hombre tiene el divino derecho de estar a su lado: su agente de publicidad.

Y entró en el cuarto de la diosa. Vió en el lecho a una hermosa mujer que sonreía y se contemplaba ante un espejo de nácar.

El agente comprendió. ¡Todo había ido bien! El doctor que había asistido en el difícil trance a la hermosa mujer, explicó al recién llegado:

—Ha sido un placer y también un honor para mí el alterar tan felizmente el rostro de Madame de Givray.

—No podía esperarse menos de su ciencia de usted...

¡Era aquel el gran acontecimiento! Celeste de Givray había experimentado en los últimos tiempos la mayor tristeza de su vida: unas precoces y ligeras arrugas se habían marcado en sus sienes y en las comisuras de los labios. Aquello era una vejez que llegaba cabalgando sobre sus treinta años de vida, y Celeste tuvo miedo.

La modelo quiso renovar su juventud con nuevos tintes de carne fresca y sonrosada. Un eminente tratadista le aconsejó una operación facial que devolvería a su piel la tersura de los liños. Y ella se sometió de buen grado a la mano del cirujano esperando la nueva vitalidad de los tejidos.

Dupont no pudo reprimir su alegría al enterarse del resultado satisfactorio del tratamiento. Y mientras en un ángulo del amplio gabinete seguía él departiendo con el médico, Celeste se levantaba de la cama y, mirándose otra vez al espejo, experimentaba los goces magníficos de ver rejuvenecido su rostro.

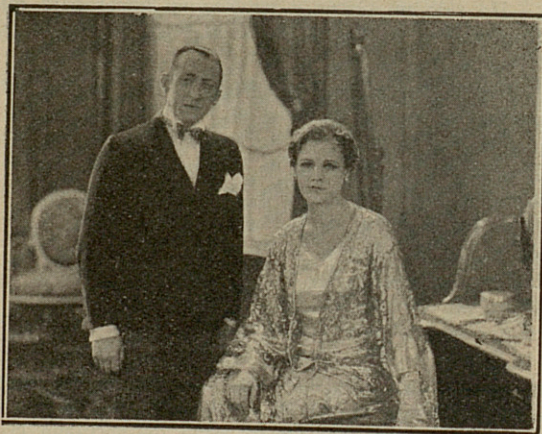
Dupont, hombre impulsivo y audaz, se acercó a la Reina de la Moda.

—Celeste, antes atropellaba usted a los hombres con su belleza, pero ahora los aniquilará.

Ella rió con una alegría que llenaba de luz su boca siempre húmeda y fresca.

—Avisé inmediatamente a los fotógrafos, para que me sigan proclamando como Reina de la Moda, después de mi operación...

—¡No, todavía no!—dijo el agente—. Tenemos



—Auséntese inmediatamente de París por unos días...

que hacer algo sensacional. Auséntese inmediatamente de París por unos días y ocúltese, para que nadie la vea...

—¿Por qué motivo? No logro comprender...

—Escúcheme bien. Al no verla, la gente creerá que la operación ha sido un fracaso. Pero el día de la Exposición de Modas, cuando nadie la espere,

se presentará usted de improviso y triunfará sobre todas sus contrincantes... Será una propaganda magnífica.

—Pero... peligrosa... ¡si me descubrieran antes!

—Usted se ocultará bien... Y, mientras usted estará muy tranquila en alguna granja de los alrededores de París, yo haré dragar el Sena por ver si la encuentro. La gente sospechará un suicidio, una locura, ante su fracaso... y usted reaparecerá en plena conmoción. ¿No es esta una verdadera propaganda que la hará a usted todavía más célebre?

—Vaya, es usted un agente digno de mí—le dijo Celeste.

—Abajo esperan sus modistos, pero no les diremos nada por el momento. El único secreto que pueden guardar es el que no les han confiado. Y hasta luego, Celeste... y repito mi enhorabuena.

Salíó sonriente mientras la elegante modelo le envolvía en una mirada de cariño. ¡Era insustituible ese Dupont! Tenía la visión rápida y total del éxito que sorprende y emociona.

Abajo en el "hall" habían aguardado los señores Alard y Pettibon. Se hallaban intranquilos y, de vez en cuando, contemplaban un magnífico retrato al óleo de Celeste colocado en uno de los tapizados muros.

—Esta operación es una temeridad — comentó Alard—. Si Celeste no puede lucir nuestros modelos en la próxima Exhibición de Modas, estamos arruinados.

—¡La eterna presunción de las mujeres! ¡Por una arruga en el rostro una operación! Bastante guapa era ya la señora de Givray, para pretender serlo más—dijo Pettibon.

Dupont llegóse a ellos:

—Dentro de una hora el médico quitará el ven-

daje—explicó—. Mientras tanto, lo único que podemos hacer es esperar y confiar...

—Tenemos el alma en un hilo. ¡Si fracasase, sería nuestra ruina!

—Señores, yo no soy el cirujano para opinar. Pueden ustedes esperar a conocer el resultado. Me voy al restaurant Phillipe. Les ruego que me telefonéen allí...

Dupont se despidió de los modistos, dirigiéndose al café restaurant.

Iba meditando por el camino su plan, delineando un proyecto de propaganda. Quería rodear a Celeste de todo el interés que la curiosidad pública anhela satisfacer siempre.

Había poca gente en el Phillipe. Estaban desocupadas bastantes mesas.

Azares del destino habían llevado a Lulú Dulay, una corista del Broadway, a París, en donde vivía como podía. Estaba empleada en aquel restaurant como vendedora de tabaco.

Aquella bella mujercita soñaba a menudo. Estaba convencida de que vendrían días mejores y algún millonario, prendado de sus encantos, se casaría con ella.

Lulú tenía ya elegido su ideal. Era el vizconde Raúl de Bercy, un elegante muchacho que todas las noches cenaba en el Phillipe. Pero nunca él se había dignado siquiera mirar a la vendedora.

Margot, la muchacha encargada del guardarrop a, conocía las ilusiones de la norteamericana.

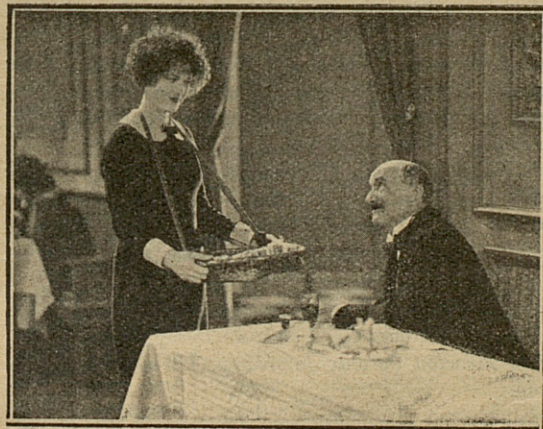
—¿No ha llegado el Príncipe encantado de la *Princesa Cigarette*?

—Todavía no...—dijo alegremente Lulú—. Pero vendrá...

—Me parece que está usted perdiendo el tiempo

miserablemente. ¿No ve que no le hace, ningún caso?

En aquel instante aparecieron dos jóvenes: el vizconde y un amigo suyo. Se despojaron, indife-



Un viejo cliente la llamó...

rentes, de sus abrigos y, sin mirar para nada a Lulú, fueron a ocupar una mesa en el restaurant.

—¿Tengo razón o no la tengo?—dijo Margot.

—Algún día me hará caso —respondió Lulú.

Y, cogiendo su cesta de tabaco, entró en el salón comedor.

Un viejo cliente la llamó y compró una cajita de tabaco. Al pagarle dejó caer como involuntariamente una moneda al suelo y Lulú se inclinó a recogerla. ¡Je... je...! El vejete rió satisfecho, abriendo su boca desdentada... Aquel era un medio estupendo para ver las piernas a la chiquilla...

Lulú se acercó a la mesa donde estaban Raúl y su amigo y les ofreció su mercancía. Ellos compraron una cajetilla. Pero parecían preocupados, abstraídos en una conversación seria...

Y Lulú, la rubia soñadora, se alejó con disgusto. ¿No lograría interesar alguna vez al taciturno mozo?

Dupont había llegado al restaurant y se instalaba en una de las mesas. Su mirada viva y penetrante paseó por la concurrencia hasta posarse en el joven vizconde.

El agente frunció el ceño. Recordó haberle visto varias veces en el restaurant y cogiendo un periódico se fijó en una fotografía. Era la del vizconde de Bercy. Leyó, complacido, la noticia inserta a continuación:

Gran movimiento en la Bolsa. Fortunas perdidas. Se rumorea que el vizconde de Bercy, famoso "as" de la aviación durante la guerra, ha quedado arruinado.

Convencido Dupont de que aquel joven era el vizconde, se levantó.

Levantóse el agente y, con la indiferencia nerviosa que le caracterizaba, fué a la mesa del aviador:

—Yo soy Sam Dupont, agente de publicidad de la reina María, del Jamón Azucarado, de la Mostaza Endiablada y de la señora de Givray. ¿Me permite hablar dos palabras con usted a solas?

El vizconde, sorprendido por la inesperada presentación, contestó:

—No tengo inconveniente, señor...

Se levantó, rogando a su amigo que le perdonase unos instantes, y fué con Dupont a sentarse en un apartado diván.

Dupont le entregó su tarjeta, y le dijo:

—¿Aceptaría usted el empleo de aviador particular de la famosa Celeste de Givray?

—¿Volar con ella? ¿Dónde?—dijo, extrañado.

—No se trata de esto... Se trata simplemente de un truco de publicidad. No se ofenda, pero acabo de leer la noticia de la ruina de usted en los periódicos. Su nombre está de moda. Pues bien: yo le coloco a usted como aviador al servicio de Celeste y hoy lanzamos la noticia a los cuatro vientos. Usted es conocido, ella también, se comentará mucho esto y el nombre de Celeste seguirá estando a la orden del día. Y yo le pagaré a usted mil francos semanales. ¿Qué le parece?

Al vizconde no le pareció del todo despreciable esta proposición. No estaba tal vez acorde con el prestigio de su apellido, pero su ruina le obligaba a aceptar un buen empleo productivo.

—Después de todo, creo que será tan honrado como jugar a la Bolsa... y más divertido—dijo—. Acepto, encantado... aunque permítame usted que me ría. La colocación es graciosa.

—Bien; desde mañana pasará usted a ser un aviador al servicio de Celeste de Givray.

—Sí, sí, y ahora venga usted a beber una copa de champaña conmigo.

El aviador conocía de referencias a Celeste, la reina de la moda, una mujer de incomparable belleza. Nada tendría de desagradable el empleo.

Dupont fué a su mesa y brindó con el vizconde y su amigo. Luego se despidió hasta la mañana siguiente:

Lulú seguía vendiendo cigarros, y el vejete que antes le comprara la llamó de nuevo. Adquirió un paquete y tiró como antes una moneda al suelo. Lulú, extrañada, la recogió, y al volverse rápidamente vió al anciano que miraba impresionado las bellas

y torneadas piernas de la muchacha. Ella comprendió el truco:

—¡Vaya con el viejo verde!

Y le lanzó una gran mirada de desprecio, prometiéndose no volverle a vender nada en lo sucesivo.

Un camarero advirtió a Dupont que le llamaban al teléfono. El agente acudió a la cabina y escuchó la voz de Alard, uno de los modistos.

—Estamos arruinados—decía Alard—. ¡La operación ha sido un fracaso! ¡Celeste ha huído de París!

Sonrió Dupont... ¡Celeste le obedecía en todo! ¡Maravillosamente!

—¿Qué haremos con el cargamento de plumas de avestruz que trajimos de Africa, si Celeste no las luce en la exhibición de modas?—siguió diciendo el modisto.

Meditó Dupont unos instantes y un nuevo y audaz proyecto se delineó en su imaginación.

—No se apuren—dijo—. Yo buscaré una muchacha que pueda sustituirla. Como todo el mundo sabe que ha sufrido una operación facial, nadie notará la diferencia.

—Por Dios, busque usted una solución inmediata. Le esperamos en casa de Celeste.

Dejó el aparato y quedó unos instantes pensativo.

—Iré pronto.

Sí, sí; sería un arma de inmensa propaganda. Buscaría una mujer elegante que pudiera sustituir a Celeste, la exhibiría durante una semana por París, y el día de la Exposición obligaría a la verdadera Celeste a presentarse para descubrir que habían suplantado su personalidad. ¡Una *réclame* incomparable!

Dupont alzó los ojos para ver si encontraba a la muchacha que necesitaba. Cerca de él estaba Lulú,

una joven encantadora que se parecía extraordinariamente a la modelo. Acercóse y la acarició el rostro:

—¿Querría ser usted la reina de la moda?—le dijo.

Ella, malhumorada por la indiferencia del vizconde, apartó aquella mano de su mejilla. ¡Insolente!

—¿Ah, no quiere usted? Listos...

Le volvió la espalda y paseó aún por el vestíbulo. Otra muchacha entraba en el restaurant, y Dupont corrió a su encuentro:

Le explicó de qué se trataba. Por unos días ella debía aparecer como si fuera realmente la famosa modelo Celeste de Givray. Un truco de publicidad, simplemente. Nada grave ni ilícito, por supuesto.

Lulú, interesada ahora por aquellas insólitas palabras, escuchaba:

—Si acepta—decía Dupont a la joven—, tendrá un magnífico palacio, multitud de trajes, una montaña de joyas y una cochera repleta de carruajes.

—¿Pero es verdad lo que usted me propone?—contestó la muchacha, que era una artista sin contrata.

—Sí, y en su vida se le ofrecerá una oportunidad mejor que esta. La fortuna al alcance de la mano. Yo le daré a usted una buena gratificación. Ha de fingir únicamente que es usted madame de Givray... Ahora iremos a casa de esta muchacha que vive junto a los almacenes Alard y Pettibon... y allí acabaremos de combinar el proyecto.

—Acepto, encantada...

Lulú sintió haber rechazado aquella soberbia proposición, que por unos días la haría reina de la moda. Pero, lista y audaz, se puso el sombrero y abandonó velozmente el restaurant...

Iba a adelantarse a la afortunada.

Lulú corrió a la casa de Celeste de Givray... Los

dos modistos aguardaban impacientes la llegada de Dupont.

La muchachita del café esperó en el recibidor mientras un criado iba a anunciarla.

—Ahí está una joven que dice que ha venido de parte del señor Dupont...

—¡Que entre... que entre!...

Vieron que avanzaba hacia ellos una muchacha: Lulú.

—Yo soy la que ha de fingir—dijo Lulú con toda frescura—. El señor Dupont vendrá luego... Si gustan comenzaré mi trabajo inmediatamente...

Y, sin darles tiempo para preguntar, comenzó a andar con ridícula solemnidad y empaque por el salón como si se encontrara ya realmente ante una exhibición de modas.

Lulú, con su modesto traje negro, estaba verdaderamente ridícula. De pronto vió el cuadro que representaba a la verdadera Celeste de Givray que vestía un traje negro, y quiso imitar su expresión. Pero resultó una figura grotesca.

Alard, riendo, dijo, asombrado a su compañero Pettibon:

—Las he visto peores... pero no recuerdo dónde...

Lulú seguía moviéndose, alborozada y nerviosa.

—¿Cómo les gusto más?—dijo, parándose—. ¿De frente o de perfil?

Alard, mirándola seriamente, le dijo:

—El señor Dupont le ha hecho a usted víctima de una de sus bromas... señorita. No nos sirve, pero tenga, por la molestia.

Lulú quiso protestar, pero viendo lo inútil de sus palabras, optó por quedarse con un billete que le ofrecían. Marchó, y, al entrar en el recibimiento, vió al señor Dupont y a la muchacha elegida que

acababan de llegar. Escondióse tras una puerta, temerosa de que el agente descubriera el engaño...

Escuchó cómo Dupont, señalando una escalinata, dijo a la joven:

—El tocador de Celeste está arriba. Vístase uno de sus trajes y vuelva a bajar.

La muchacha subió al piso, y Dupont, contento por sus maravillosas combinaciones, fué a reunirse con los modistos.

Lulú, muchacha impulsiva, ya no quiso marcharse. ¿Es que iba a consentir que aquella intrusa le robase un puesto que antes le habían ofrecido a ella?

Subió también la escalinata y, con toda cautela, llegó hasta cerca del tocador donde, ante un espejo, la artista se disponía a cambiarse de vestido.

Era preciso obrar rápidamente. Lulú cogió un pañolillo bordado y se lo puso sobre la cabeza a guisa de la toca que llevan las criadas de casas grandes. Convertida en una doncellita primorosa, entró en el tocador.

—Soy la doncella—dijo—. El señor Dupont me manda para que la ayude.

—Pues me hará usted el favor de escogerme un vestido del armario.

Lulú cogió un traje y se lo puso. Y de pronto, mientras le arreglaba un cinturón, la ató violentamente con él, cruzándole las manos e impidiéndole todo movimiento y, sin que la otra pudiera evitarlo, la alzó y la encerró en un cuartito.

Su rival estaba inutilizada. Ahora a ella le correspondía vencer. Buscó en el armario un vestido, uno magnífico de tissú y, después de contemplarse ante el espejo, salió audaz y orgullosa.

Al verla los dos modistos y Dupont quedaron boquiabiertos, asombrados. Lulú, orgullosa, descendió lentamente y al contemplar el gran retrato de la

modelo Celeste vió que llevaba ésta el mismo vestido que ella acababa de escoger. Entonces quiso imitarla en todo, adquiriendo una posición semejante a la del cuadro, de modo tan exacto que era una perfecta reproducción.

Además, Celeste y Lulú tenían una estatura idéntica y se parecían de modo extraordinario.

—¡Maravilloso! ¡Soberbio!—dijeron los modistos sin acordarse ya de la Lulú de poco antes—. ¡Dupont, esto es exquisito... y no lo de antes!

El agente, a quien le habían contado la anterior presentación para él incomprensible, gritó a Lulú:

—Pero, usted ¿quién es? ¿Por dónde entró usted? ¿Dónde está la otra?

—No comprendo—dijo con tranquilidad Lulú—. A mí me escogió usted para que viniese...

Dupont, enfurecido, subió al tocador y, escuchando voces en una estancia cercana, descubrió a la artista amordazada. La libró de sus ligaduras mientras la mujer le llenaba de insultos. Imbécil, ¿por qué aquellas bromas de mal gusto?

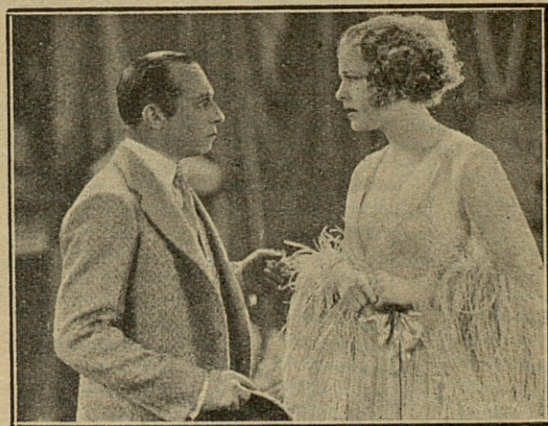
En vano Dupont quiso calmarla. Y, comprendiendo que no podía detener su protesta, optó por pagarle un billete y rogarle que marchase.

Salió de allí, mientras Dupont se decía que indiscutiblemente la mujer que estaba abajo era sencillamente encantadora, y bien podía llevar a cabo la sustitución con éxito. Pero ¿cómo había entrado allí? ¿de qué manera? La reconoció como a la dependienta del restaurant.

Volvió al salón y tuvo que rendirse a la evidencia. Los modistos estaban entusiasmados con su elegancia, con su belleza... ¡Qué estúpidos fueron al dejarla marchar la primera vez! ¡Oh, el poder del traje!

—No quiero saber cómo vino usted aquí—dijo Du-

pont—. Pero desde este momento usted es por unos días Celeste de Givray... y vivirá usted en esta misma casa.



—No quiero saber cómo vino usted aquí...

Lulú rió con un tono de cristal... Se abrían para ella las puertas del ensueño.



Al día siguiente todos los periódicos trajeron la noticia de que Celeste se había sometido con éxito a la operación facial. Lulú se parecía grandemente a la reina de la moda y el equívoco pudo ser sostenido sin miedo a la duda.

También anunciaban los diarios que el "as" de la aviación, vizconde de Bercy, pasaba al servicio particular de la triunfadora.

Lulú comenzó una nueva existencia embriagadora.

Su primer deber en su nuevo empleo fué dormir hasta las dos de la tarde... Ocupó la misma alcoba de Celeste.

La verdadera Reina de la Moda estaba entretanto en los alrededores de París, ignorando las nuevas combinaciones de propaganda de Dupont...

Raúl se presentó a Lulú para ocupar su nuevo empleo. Ella le recibió en su mismo cuarto, y su emoción fué indescriptible al encontrarse con que aquel hombre era el que ella amaba en silencio, al que adoraba con muda devoción todas las noches en el café Phillips.

—¡Oh, señor vizconde, bienvenido!—dijo turbada.

Raúl se inclinó y contempló a la linda mujer. ¡Qué hermosa era! ¡Oh, maravillosa casualidad! ¡Oh, el ensueño que continuaba!

—Vizconde no, señora—dijo—. Simplemente Raúl, su aviador, que viene a ponerse a sus órdenes.

—Bueno... como usted quiera. ¡Pero su primer deber es ser mi invitado!

Tomaron el té. Raúl se sentía deslumbrado por aquella magnífica acogida.

—Me consta que no hemos sido presentados—dijo él—, pero me parece que la he visto a usted en alguna otra parte...

La muchacha, con el alma conmovida, recordando las noches del restaurant, respondió:

—Tal vez en las revistas. Mi retrato aparece tantas veces en ellas... Es el precio de la popularidad.

No confesaría la verdad, no... dejaría que el tiempo siguiese...

Hablaron largamente. El paseó su mirada por la habitación y descubrió sobre una mesa varios retratos de caballeros. Eran de antiguos adoradores

de la verdadera Celeste que había sido siempre una coleccionista de "flirts".

Con un leve disgusto imposible de reprimir, Raúl preguntó:



—...su aviador, que viene a ponerse a sus órdenes.

—¿Son amigos de usted?

Ella contestó:

—Son parientes míos...

—Me alegro de que no sean más que parientes —respondió él con una sonrisa, interesado de veras por la linda mujer.

Oyéndola hablar aquella tarde, se había sentido repentinamente ligado a su poder. ¡Cuán hermosa era aquella criatura! ¡Hubiera lamentado tener que estar bajo las órdenes de una dama, cargada de compromisos!

—Es una verdadera casualidad el que yo esté aquí. ¿Quién podía pensarlo?—dijo él.

—¡Sí, es una verdadera casualidad!—respondió ella, turbada.

¡Ah, aquel mozo! De todo su ensueño encantador, lo más hermoso era el tener junto a ella a ese joven al que adoraba hacía meses...

El la acarició una mano y, de un modo maquinal, acercó su rostro al de ella. En aquel instante apareció Sam Dupont, que miró severamente al vizconde:

—Usted está empleado como aviador. ¡A volar!—dijo con gravedad al mozo.

Raúl se inclinó comprendiendo que allí no era más que un dependiente. Y el agente dijo a Lulú:

—Vaya usted a vestirse, señora; abajo están todos esperando que los deslumbre usted con su plumaje de avestruz.

—Voy al momento.

Salió, pero luego abrió de nuevo la puerta y llamó a Raúl.

El vizconde acudió allí y ella le dijo, dándole a besar su mano:

—Raúl, deseo que sea muy feliz a nuestro lado...

Cerró la puerta y el joven quedó sintiendo en su boca la suavidad de aquella mano de flor.

Dupont le miró severamente. ¡Cuidado, Raúl! ¿Es que se olvidaba de lo que allí era?

—Usted no vuela y se divierte—le dijo—. Me parece que le rebajaré el sueldo...

El sonrió. ¿Quién no rendía homenaje a la Reina de la Moda?

Poco después, Lulú, magníficamente adornada con un vestido de plumas de avestruz, bajaba al salón donde estaban los modistos más famosos que aplaudieron con entusiasmo su reaparición. Un poco cam-

biada, en efecto, pero más joven, más risueña. Indiscutiblemente la operación facial era una realidad...

Y Lulú sintió junto a ella todas las suavidades de la gloria.

Al siguiente día, muy de mañana, Lulú hallóse al despertar con la alcoba invadida por fotógrafos, prontos a disparar sus máquinas contra ella. Sam Dupont sonreía a su lado.

—Necesitamos fotografías de la Reina de la Moda desde el momento que se levanta hasta que se acuesta al amanecer—dijo Dupont.

Ella accedió alegremente a ser retratada y adquirió en el propio lecho una elegante y estudiada posición... Maravillosa vida. Lástima únicamente que su reinado sería efímero, de escasa duración.

Luego la retrataron al levantarse de la cama en pijama, y Dupont dijo:

—Y ahora en el baño...

—¿Fotografiarme en el baño?—protestó la chiquilla—. ¿Dónde está el atrevido?

—¡Oh, no se asuste!...

Le mostraron en el cuarto contiguo una bañera casi rebosante de leche.

—Es leche de vacas del Montblanc, ordeñadas en mitad de un ventisquero. Da al cutis una tersura incomparable.

Salieron todos un instante y poco después volvían a una orden de ella. Lulú estaba ya en el baño cubierta por oleadas de leche...

Ella reía satisfecha de estas exquisitas atenciones con que la honraban. ¡Qué vida tan hermosa!

Luego los reporters gráficos esperaron en una salita contigua a que la Reina de la Moda saliera del baño con una nueva *toilette*.

El aviador Raúl de Bercy acababa de llegar a la casa, dispuesto a continuar bajo las órdenes sua-

ves de la señora. Poco antes había recibido una esquelita de un amigo suyo:

Primeras noticias exageradas. Todavía eres rico. Deja el empleo en seguida.

Hector de Blame.

Pero el "as" de los aires no quiso renunciar a su cargo. ¡Se estaba tan bien bajo el mando de una reina hermosa!

Vió la casa invadida de gente y contempló a la joven que, salida del baño, era retratada de nuevo. Esta popularidad que llenaba todos los momentos de la vida de Celeste, le disgustó. Le agradaba estar allí, pero hubiera preferido que la Reina de la Moda fuera una mujer más quieta, menos extravagante.

Había pasado toda la noche pensando en ella con una inquietud extraña. ¿Es que se había enamorado de ella? ¿Quién sabe! ¿El amor viene a veces con la velocidad del rayo!

Todavía quiso Dupont que se hicieran algunas otras "poses", pero Lulú se negó rotundamente.

La joven marchó de allí, deseosa de librarse de los fotógrafos. Y todos los reporters salieron.

El agente y Raúl quedaron solos. Dupont explicó. La propaganda se realizaba maravillosamente y la noticia de que el vizconde había entrado al servicio de Celeste era la nota del día. ¡Todo iba bien!

Raúl callaba, sintiéndose poseído de ligero malestar. Miró los retratos colocados sobre la mesa.

—Y estos señores, ¿me puede usted decir realmente quiénes son?

Dupont se echó a reír. ¡Conocía los amores de la verdadera Celeste!

—Son papás... no de los que pegan, sino de los

que pagan... El del cabello cano es el duque de Arlés... el papá grande.

Una amarga sonrisa se pintó en el rostro de Raúl. Aquella hermosa y elegante mujer era una criatura coqueta, quizás algo peor. Sintió una pena muy grande.

Volvió Lulú y el agente salió unos momentos para transmitir unas órdenes por teléfono.

—Señora, he venido a recibir instrucciones... —dijo Raúl, gravemente.

Ella le miró con amor y con miedo. ¿Qué pensaría Raúl de toda aquella gente que le rodeaba? Lulú, que era una muchachita honrada y buena, hubiera deseado parecerlo aun más ante Raúl.

—¡Oh, no extrañe ver tanta gente aquí... es la moda... la necesidad de la propaganda!—explicó.

—Como aviador de la señora, mi deber es callar y obedecer —dijo, indiferente, Raúl.

—No extrañe... Se trata de un asunto puramente comercial... Estoy empleada en una famosa firma de modistos para exhibirles los nuevos modelos... Todo lo que me rodea es una farsa...

—Sí, ya lo sé, como estas fotografías... El señor Dupont me ha puesto en antecedentes acerca del verdadero parentesco de sus parientes...

La muchacha miró los retratos que pertenecían a Celeste y se estremeció. Dios mío, ¿qué pensaba Raúl? ¿Es que iba a sufrir ella las consecuencias de la conducta libre e inquietante de Celeste?...

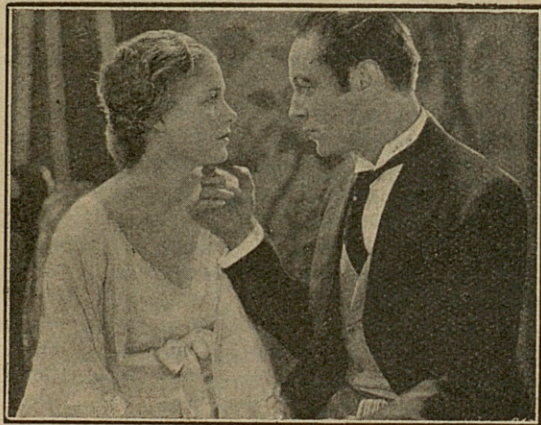
—El señor Dupont es el embustero más grande del mundo—protestó, indignada—. Voy a probarlo.

Llamó a su agente de publicidad, quien se presentó tranquilamente.

—¿Por qué ha mentado usted, señor Dupont?—

gritó—. Confiese que nada tengo yo que ver con las fotografías de estos señores...

Acobardado el agente ante el gesto duro de Lulú y temiendo que la muchacha deshiciera la combinación, explicó con una leve sonrisa:



—¡Oh, no tiene usted que explicarme nada!...

—Mentí, señor de Bercy, mentí por ella... Porque ¿qué porvenir tiene una mujer sin pasado en el presente?

—¡Oh, no tiene usted que explicarme nada! —dijo Raúl, confiado—. Me basta su indicación para creerla. Y le ruego que perdone usted mis palabras.

—Está usted perdonado, Raúl... y no se fije nunca en las apariencias. Piense que, a pesar de todo lo que me rodea, en el fondo soy una chica humilde e insignificante. ¿Verdad, Dupont?

El agente la miró fijamente.

—Verdad, Celeste...

Después Dupont marchó. Lulú hizo sentar a su lado al vizconde y los dos hablaron largamente; y ella se mostró tan cariñosa, tan afable, con el verdadero fondo bueno de su alma, que Raúl acabó por creer que aquella Reina de la Moda, aquella elegante mujer era una criatura bondadosa y pura, llena de ingenuidad... Todo lo demás, eran calumnias, propaganda, *bluff*...

Y sintió que en su corazón nacía la flor sagrada del amor...

Algunos días después, lejos de París, la verdadera Celeste, reclusa en una casa de campo, estaba ansiosa de hechizar con los encantos de su nuevo rostro a su antiguo admirador, el duque de Arlés.

Celeste era, al contrario de Lulú, una mujer que amaba el "flirt", el coqueteo. Y el duque de Arlés había sido su más fiel y generoso adorador...

Una tarde llamó a la finca que poseía el aristócrata y preguntó por él.

—El duque ha ido a su casa a verla a usted, señora...—respondió el mayordomo.

¡Ah, el duque! Desde antes de la operación no le había visto. ¿Qué pensaría de su extraña ausencia?

Luego, Celeste leyó un periódico y encontró en él una noticia que le heló la sangre en las venas:

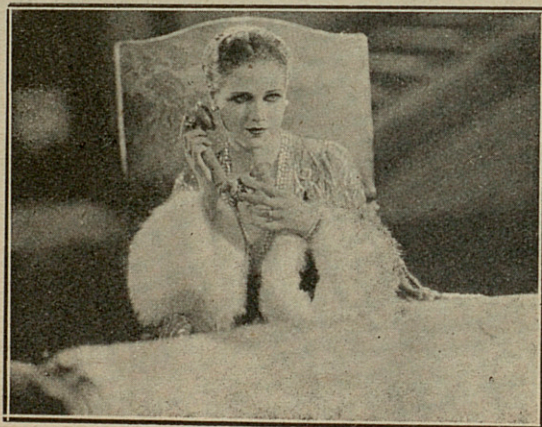
Madame de Givray, la Reina de la Moda, impone las plumas de avestruz en el mundo de la elegancia.

Esta mañana los grandes establecimientos de la famosa Rue de la Paix se han visto en gravísimo apuro para abastecer la colosal demanda de plumas de avestruz, impuestas a la moda por la célebre Celeste de Givray en un tã ofrecido por los modistos Alard y Pettibon a la sociedad parisiense.

Sorprendida por la extraña noticia, Celeste, que

desconocía en absoluto el plan ideado por Dupont, telefoneó a éste:

—¿Quién es esa impostora que ha puesto usted en mi lugar? — le gritó—. ¿Cómo se ha atrevido usted?



—¿Quién es esa impostora que ha puesto usted en mi lugar?

—¡Oh, celestial! Celeste!—contestó la voz de Dupont—. Se trata de un truco de publicidad... Usted viene a París, denuncia a la impostora, y al día siguiente nuestro nombre figurará en la primera página de los diarios... Debe usted presentarse el sábado, día de la Exposición de Modas. No tema, todo habrá servido para aumentar su popularidad.

Celeste pareció calmarse.

—Bueno, iré. ¡Tiene usted unas cosas tan inesperadas! ¡Quién iba a pensar que hiciera usted eso!

Dos días después se celebraba la Exposición de Modas. Lulú se preparaba ante el tocador. Las facciones de su rostro habíanse borrado bajo una espesa capa de crema. Aquella noche sería probablemente la última de su hermosa vida de lujo. Iba a llegar la verdadera Celeste. Lulú estaba algo inquieta temiendo la responsabilidad de la suplantación. Pero Dupont le aseguraba que nada le podría ocurrir. El era el autor de todo.

El duque de Arlés acababa de llegar a la casa de Celeste. Entró jovialmente en la casa como si fuera el dueño de ella. Llegó, con una autoridad de hombre que ya ha estado allí otras veces, al cuarto de la modelo.

Martín, uno de los criados de la casa, le conocía por haberle visto con frecuencia antes de que la señora se hiciera la operación facial. Así es que sonrió al verle entrar en la habitación de la señorita.

Raúl, que había visto igualmente al duque, preguntó, contrariado, a Martín:

—¿Es pariente de la señora ese caballero?

—Que yo sepa, no. Es el duque de Arlés—dijo.

¡El duque de Arlés! Unos celos intensos se apoderaron de Raúl. Y la duda volvió a ensombrecer su alma. ¡Celeste tenía, pues, un amigo! ¡Y toda su ingenuidad era una mentira burda!

Enfurecido, celoso, penetró en la estancia de Lulú en el momento en que ésta, sorprendida por la presencia del duque, rechazaba una joya que éste quería entregarle.

—Acepta este regalito en prueba de nuestro amor—dijo el duque.

Arlés había notado que el rostro de Celeste estaba ligeramente transformado, pero atribuyó el cambio a la operación facial. Parecía más tierna, más sonrosada su piel...

Al ver al aviador, el duque le contempló fríamente, con repulsión.

—Lo presumía—gritó—. Pero no esperaba que mi sucesor hubiese entrado ya en funciones...

Y, sin querer atender ninguna explicación que quería darle Lulú, abandonó, rabioso, la estancia.

El vizconde la miró con una sonrisa sarcástica. ¿Por qué mentía? ¿A qué venían tantos remilgos de ingenuidad?

Lulú, horrorizada, pensando ahora en que Raúl había perdido toda la confianza, dijo:

—Raúl, quiero explicárselo a usted todo. Yo no soy madame de Givray. Además, es la primera vez que veo a ese caballero.

—Señora, no soy ningún niño para no comprender...

—Raúl, no hable así... Dupont le explicará a usted todo... Aquí hay un gran error...

Tocó el timbre y poco después apareció el agente. ¿Otro conflicto? Tenía miedo de que acabase la farsa con un desenlace sentimental.

—Dupont — dijo ella—, es necesario que cuente usted toda la verdad a Raúl... Explíquele que yo soy Lulú, no Celeste de Givray, y si he venido aquí ha sido instigada por usted.

Dupont, sobrecogido, pero fascinado por la energía de Lulú, y pensando que era cuestión de unas horas únicamente el conocer la verdad, confesó:

—No quiero que se haga público todavía. Pero es cierto, Raúl. Esta no es la verdadera Celeste... Esta noche tendremos a la auténtica.

Una sonrisa de burla se dibujó en los labios de Raúl. ¿Qué enredo era aquel? ¿Por qué le engañaban de aquel modo?

—Si ella es la falsa señora de Givray, ¿dónde está la verdadera?—dijo—. Seamos lógicos alguna vez. No quieran burlarse de mí por más tiempo.

Dupont le explicó, queriendo calmar su excitación creciente. Y llevándole a parte, terminó:

—Esta noche la verá usted, sin falta, en la Exhibición de Modas... Le suplico tenga unas horas de paciencia y sabrá toda la verdad.

El agente y Raúl se despidieron de Lulú que deseaba ya verse libre de su papel de Celeste para volver a ser la humilde muchacha del café. El fingió creer toda la verdad, pero dejó a Lulú turbada con un nuevo dolor en el corazón. ¿No querría creerle aquel hombre? ¿Es que aquella aventura acabaría tan mal? ¡Ah! ¿Qué tenía ella que ver con los amores de Celeste?

El duque de Arlés al salir de la casa de Celeste vió un auto que se detenía ante la puerta de la casa. Acercóse a él y descubrió en su interior a la hermosa Reina de la Moda.

—¿Cómo tú aquí? ¿Y entonces la de arriba? ¿Estoy soñando?

—Es una impostora, una intrusa, que suplanta mi nombre. Vengo a hablar con Dupont.

Comentaron un momento el parecido de las dos mujeres, y el duque, satisfecho y jovial, dijo a la Celeste:

—¡Oh, Celeste, fué preciso que te perdiese para darme cuenta de lo mucho que te quería! ¿Y no podría Su Majestad la Reina de la Moda descender de su trono para ser la humilde duquesa de Arlés?

Ella vaciló, le miró como si no creyese la noticia.

—¿Duquesa?

—Sí, Celeste, estoy dispuesto a casarme contigo ahora mismo...

El anuncio de aquel casamiento entusiasmó tanto a Celeste que olvidó el objeto que le había traído allí, sin acordarse ya más de la otra mujer.

—¡Duque... le quiero a usted tanto!—murmuró.

Y subieron a un automóvil que les llevó rápidamente hacia el juzgado a celebrar la boda.

Aquella noche, todo el París elegante concurrió a la Exhibición de Modas para disputarse la Manzana de Oro con que era premiada la elegancia femenina.

Dupont con Raúl había llegado a los amplios y concurridos salones de la Exposición.

—Pase, Raúl... la Exhibición comenzará pronto y en ella conocerá usted a la verdadera Celeste de Givray.

Raúl estaba disgustado. ¡No podía creer en aquel engaño! Iba dándose cuenta de que durante aquellos breves días pasados al lado de la Reina de la Moda, se había enamorado locamente de ella. Pero la que él adoraba no era la mujer de lujo, llena de adoradores, sino la que a veces en el transcurso de la conversación, parecía surgir: la ingenua, la bondadosa, la dulce... como si fuera otra mujer. ¡Oh, si Celeste fuera siempre aquella criatura que mostraba un alma tan dulce! Pero su vida, aquellos retratos, aquel ambiente, le hacían dudar.

Comenzó la exhibición de hermosas modelos, presentadas por las casas más elegantes de París. Lulú aguardaba en un tocador por si no se presentaba la verdadera Celeste. Deseaba ya cuanto antes haber terminado con aquella farsa. ¿No la castigarían por la suplantación? Dupont le aseguraba que nada le ocurriría; en cambio, le sería dada una buena gratificación. ¡Y luego Raúl... su amor!

El agente, que hablaba con una dama, fué llamado al teléfono.

Le llamaba la verdadera Celeste de Givray, desde la casa del duque.

—Sentiré perjudicarlo, señor Dupont — dijo su

voz—. No me es posible asistir a la Exhibición de Modas... Ahora soy la duquesa de Arlés.

Dupont se estremeció. ¡Entonces todos sus proyectos iban al suelo! ¡Oh, no; era preciso que viniese inmediatamente!

Pero Celeste, la nueva duquesa de Arlés, había quitado la comunicación.

Dupont, furioso, fué al camerino donde Lulú daba los últimos toques a su vestido. Ella estaba con los dos modistos Alard y Pettibon.

—¿Verdad que es preciosa?—dijo Alard.

Dupont, en voz baja, explicó:

—Por la cuenta que nos tiene, vale más así. Es nuestra única esperanza. Celeste de Givray no puede asistir a la Exhibición.

Y Lulú salió al gran salón. Paseó elegante y magnífica ante el Jurado, y el selecto público aplaudió con entusiasmo su presentación.

Dupont estaba contento... No se conocía la sustitución. Lulú no iba a la zaga de la otra.

El Jurado dictaminó poco después, concediendo la Manzana de Oro a Celeste de Givray, modelo de la casa Pettibon et Alard.

Estalló una gran ovación al ver que se renovaba aquel premio, a la también vencedora de otros años. Todos acudían a aclamarla. Pettibon la decía con entusiasmo:

—Si quiere usted hacerse rica y famosa, póngase siempre en nuestras manos, señorita. Ha labrado usted su felicidad.

Raúl miró con ojos tristes a Lulú y luego, llamando al agente Dupont, le preguntó:

—¿Y la señorita de Givray, dónde está?

—¡Ah, pobre amigo mío!—dijo el agente—. No vuelve... no quiere aparecer más por aquí...

—Bien, bien, bonita excusa—rugió.

Y se alejó con despecho. ¡Cómo se burlaron todos de él! ¡Aquella era la verdadera Celeste de Givray, la de los constantes "flirts", y no otra!

Abandonó, desesperado, el local.

Lulú buscó en vano entre las gentes que la rodeaban a Raúl, sin verlo. ¿Dónde estaba? ¿Es que iba a perderlo para siempre?

Y pasó el resto de la noche con una melancolía penosa.

Al día siguiente, el vizconde no fué a casa de Celeste. ¡Tal vez no le volvería a ver! Y Lulú, sin atender para nada las razones de Dupont, se despojó de sus galas de triunfadora y volvió por la noche a su restaurant Phillipe. ¿Qué importaba todo si en la jornada había perdido el amor?

Ya no le interesaba la gloria. Quería llorar su pena, su derrota. Pagaba ella los pecados de la popularidad de Celeste.

Contó a Margot todo lo ocurrido...

Antes de media noche se presentó el vizconde Raúl en el local, ocupando una de las mesas.

Estaba amargado por lo sucedido. No volvería a su empleo. Además, acababa de ver rehecha su fortuna en la Bolsa. Pero tenía un dejo de pena en el alma: era el amor que había pasado por los caminos del desengaño... el amor, que ya no volvería más.

Leyó un periódico y, de pronto, una noticia le dejó lleno de estupor:

Celeste de Givray contrae matrimonio con el duque de Arlés.

Una impostora triunfa en la Exhibición de Modas y se hace acreedora a la Manzana de Oro que correspondía a la verdadera Celeste de Givray.

Aquel suelto lo había hecho poner Dupont. ¡El no se quedaba sin la soñada publicidad!

—Entonces, era verdad... era verdad. ¡La mujer que yo quería no era Celeste!—se dijo asombrado.

Encendió un cigarrillo y una muchacha vino a brindarle lumbre. Era Lulú...

El vizconde la reconoció con asombro, echando repentinamente la cabeza atrás:

—¡Celeste, Celeste! ¿Usted aquí y de este modo?

—¡Raúl!—dijo ella, que le había visto entrar poco antes, con una emoción enorme—. ¿No me cree ahora? Yo no soy Celeste de Givray..., sino una muchachita soñadora, que quiso ser unos días reina, y ahora ha vuelto a su lugar humilde.

Raúl la contemplaba casi sin comprender. Veía su rostro tan lindo, y aquella simpatía suya, tan cordial...

—Chiquilla—murmuró al fin—, ¿pero es posible? ¿Tú no eres Celeste? ¡Qué felicidad! Y el periódico trae también la noticia. Entonces tú eres realmente la muchacha que yo amaba, la ingenua, la buena. ¡Ah, mi chiquilla! Pero... ¿me quieres tú a mí?

—Te amo, Raúl—dijo Lulú.

Y allí mismo, en plena luz, él la besó con la caricia honrada y pura del amor.

¿Qué le importaba a él la Reina de la Moda? Lo que el vizconde amaba era el alma santa y buena de aquella mujercita que ahora tenía junto a él brindándole su cariño... y el tesoro de su bondad.

FIN

PROXIMO NUMERO:

LA COMEDIA SOCIAL

por
Betty Bronson
Ford Sterling
Lawrence Gray
Louise Dresser
Stuart Holmes
Henry
B. Walthall
etc.

La novela **PARAMOUNT**
sale todos los martes

PRECIO: **25** CTS.

Lea usted

EN PREPARACIÓN:

Don Juan
Noche nupcial
El séptimo cielo
La mariposa de oro
"Beau geste"
El demonio y la carne
entre otras.

La tía Ramona

por Tomás Cola, Luisa Fernanda
Sala, Alfonso Granada, Luisita
Gargallo, etc.

:: Libro 18 de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA ::

¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!

